

Valentina Ayrolo, *Funcionarios de Dios y de la república. Clero y política en la experiencia de las autonomías provinciales*, Buenos Aires, Ed. Biblos, 2007. p. 254.

María Elena Barral, *De sotanas por la Pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*, Buenos Aires, Ed. Prometeo, 2007. p. 234.

Milagros Gallardo*

La historiografía religiosa, al igual que otras especialidades de la disciplina histórica, ha reflejado en su producción las mutaciones generales de los grandes paradigmas historiográficos, girando desde los enfoques estructuralistas y cuantitativos al predominio de la historia socio-cultural y la historia política renovada.

Ambos enfoques, desde perspectivas propias, comparten un rechazo de las determinaciones colectivas y los condicionamientos sociales y una preocupación por rehabilitar la agencia humana. La revalorización del sujeto y el intento de acercarse a los fenómenos sociales a partir de las experiencias, los comportamientos y las representaciones de los actores desplazó la observación desde las estructuras sociales hacia las relaciones, las prácticas políticas, asociativas, religiosas, sociales y culturales, los discursos y lenguajes.¹

El giro a lo político propuso una reformulación de las problemáticas de la historia política y una ampliación y diversificación de su objeto de estudio. Adquieren significación los temas concernientes a la organización y al gobierno de una sociedad, a sus sistemas de autoridad, a sus valores e imaginarios, a sus comportamientos específicos.² Se privilegia un análisis a partir del estudio de los actores³ y se renueva, a su vez, el interés por tratar las relaciones entre la Iglesia y el Estado y el influjo de las vivencias religiosas en las opciones políticas.

* Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" - Universidad Nacional de Córdoba

¹ Beatriz MOREYRA, "La historia social más allá del giro cultural: algunas reflexiones"; *Interpretaciones. Revista de Historiografía y Ciencias Sociales de la Argentina*, Universidad Nacional de Quilmes, núm. 1, segundo semestre de 2006, p. 6. Publicación digital.

² François-X. GUERRA, "El renacer de la historia política: razones y propuestas", Andrés GALLEGU (dir.), *New history, Nouvelle history. Hacia una nueva Historia*, Madrid, 1993.

³ François-X. GUERRA, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 14.

Los trabajos de Valentina Ayrolo -*Funcionarios de Dios y de la república. Clero y política en la experiencia de las autonomías provinciales*- y de María Elena Barral -*De sotas por la Pampa. Religión y sociedad en el Buenos Aires rural tardocolonial*- se inscriben en el marco de estos virajes revisionistas. Ayrolo aborda el complejo proceso de formación del Estado provincial cordobés durante el período 1820-1852 desde la relación entre el Estado y la religión; analiza el proceso a partir de la conciencia y la voz del propio clero, actor legitimado y convocado por el poder civil, aceptado y respaldado por la gente. El libro de María Elena Barral penetra en la vida de la campaña desde el interior del mundo eclesiástico. Su análisis de las prácticas religiosas le permite mostrar la complejidad de formas de intervención y mediación social que tuvo la Iglesia bonaerense de fines del XVIII y principios del XIX. Desde una perspectiva microanalítica, penetra en los actores sociales de la campaña, como diría Michel Bertrand, “se propone descubrir la racionalidad a través de un conjunto de hechos en apariencia confusos y, para muchos [...] anodinos.”⁴ La autora analiza cómo los pobladores rurales, dentro del espacio eclesiástico, organizaron su vida comunitaria, ampliaron sus redes y establecieron jerarquías sociales. Para esto examina un conjunto de hechos inherentes a la vida cotidiana, como el calendario religioso, con sus ciclos de Pascua y Navidad, los rituales de la vida y de la muerte, las limosnas, las creencias y las devociones, todos ellos elementos de un mundo simbólico a través del cual logra dar una imagen de una región que ya no pudo ser percibida como un “desierto social”. Esta mirada cambia la visión de un espacio inerte por un espacio que construye prácticas sociales.

Los trabajos reseñados constituyen un interesante aporte al conocimiento de dos espacios diferenciados, la provincia de Córdoba y la campaña bonaerense, que pese a sus diferencias mantenían la religión católica como el fundamento de la articulación social. En ambos casos se considera la institución eclesiástica como la ventana a través de la cual penetrar en la complejidad del mundo social y el clero secular se convierte en la vía privilegiada de acceso.

El trabajo de Ayrolo se interna en la vida política de la provincia de Córdoba durante la primera mitad del siglo XIX, examina las complejas relaciones entre la Iglesia y el Estado en una sociedad en la que los poderes civiles y eclesiásticos se fundían en una amalgama político religiosa, constituyendo lo que Ayrolo denomina una *Provincia-Diócesis*.

El trabajo parte de una clara premisa, descentrar el análisis y abordar -desde una mirada regional- las causas de la formación y consolidación del Estado provincial, rescatando las especificidades propias. En el caso de Córdoba, este recurso le permite ponderar matices, puntualizar diferencias y visualizar particularidades, en un proceso que la historiografía tiende a homogeneizar a partir de una mirada centrada en el puerto.

El texto de Ayrolo se estructura en tres partes. La primera centra su análisis en el Patronato, uno de los mecanismos que utilizó la elite cordobesa para garantizar su legitimidad política. Los tres capítulos que la componen muestran un abanico de

⁴ Michel BERTRAND, “Historia Social y análisis micro histórico”, *Archivística y Estudios Sociales*, Universidad de Costa Rica, vol. 6, núm. 17, agosto de 2002. Versión digital.

cuestiones: la dimensión simbólica de las prácticas involucradas en la construcción, conservación, reproducción y legitimación del poder, las relaciones de alianza y oposición, de autoridad y subordinación del alto clero secular y las elites dirigentes. Sostiene que el clero fue el heredero de la única legitimidad que no fue puesta en duda en la convulsión revolucionaria y que continuará siendo el depositario del sentido moral católico romano de la sociedad. El modelo de sociedad y de Estado propuesto se asentó más en el pasado que en el futuro, de manera tal que los hombres de la Iglesia “se convirtieron en los referentes de una sociedad cuyo imaginario era aún de antiguo régimen.” (p. 17) Se trató de un grupo que se encontraba estrechamente vinculado a la élite dirigente, pertenecían al mismo sector socioeconómico, habían sido formados en las mismas aulas, compartían filiaciones familiares y negocios, tenían identidad, unidad de principios y objetivos. La autora reconstruye la acción del grupo clerical a través del ejercicio de sus funciones y actividades, las redes de relaciones, las estrategias de mediación social y la acción política, demostrando que para algunos la carrera eclesiástica se convertía en un mecanismo de acceso a la elite local.

Al analizar las prácticas efectivas del patronato introduce al lector en el complejo mundo de las relaciones de poder en una diócesis que Ayrolo califica como *pluriestatal*, debido a la superposición de jurisdicciones, civiles y eclesiástica. Profundiza el análisis sobre la capacidad y la forma en que los gobiernos hicieron uso de la prerrogativa del patronato, situación que acarrió la existencia de muchos patronatos en una sola diócesis. El patronato se constituyó en una herramienta clave que permitió a los sectores dirigentes el mantenimiento de la unidad cultural a través del resguardo de la identidad católica romana. La forma del ejercicio del patronato remite a una cultura política, entendida no sólo como un sistema de símbolos y significados, sino como una práctica; un repertorio de competencias, un régimen de racionalidad práctica y un conjunto de estrategias que guiaron la acción, a través de la cual también se movilizaban los símbolos. La autora explica cómo la elite utilizó estos mecanismos en la construcción de la legitimidad política, reapropiándose de los recursos simbólicos a su alcance, construyendo, por ejemplo, una imagen del papado a la medida de las necesidades locales: en un período en que la Santa Sede era lejana y estaba prácticamente ausente de la vida cotidiana de los habitantes de Córdoba, la elite dirigente fue capaz de crear una imagen del pontífice que le servía a los fines de mantener la unión entre los fieles, el clero local y el Papa.

La segunda parte, bajo el título “Clero y feligresía, un juego de espejos”, la autora introduce al lector en la visión de los fieles sobre su clero y del clero sobre sus fieles. Para ello recurre a la voz de los propios actores, a través de cartas, denuncias, quejas, reconvenciones y juicios, para reconstruir el perfil del clero, un clero escaso y disperso, más empobrecido y menos cultivado que el de la generación del período revolucionario, compuesto por sacerdotes que no siempre llevaron una conducta *ejemplar*. Sin embargo, esas acciones, en ocasiones desviadas de la norma, no tuvieron una repercusión negativa en la sociedad política debido al lugar que en ella ocupaban la Iglesia católica y la religión: ellas eran el pilar, el sostén, que daba coherencia al orden social y el clero era el cuerpo profesional encargado de salvaguardarlo. (p. 233)

En la tercera parte se analiza la estructuración del nuevo orden político y la rela-

ción entre lo secular y lo religioso en el contexto de las autonomías provinciales. Ayrolo entiende que, en el sistema político imperante, los gobiernos cordobeses pretendieron servirse de la Iglesia, considerando a sus hombres -el clero secular- como funcionarios y custodios morales del nuevo orden, concluyendo que “el clero cordobés no sólo hizo posible que la religión fuese el cemento social y la base moral de la virtud ciudadana, sino que colaboró de forma invalorable e incuestionable con la construcción de la provincia-diócesis, ayudando a hacerla creíble y fiable.” (p. 212)

Es importante rescatar el trabajo de fuentes; la autora ha consultado fondos documentales disponibles en el ámbito civil -a nivel municipal, provincial, nacional- y en el eclesiástico -el Archivo Diocesano y los Archivos Secretos Vaticanos.

En síntesis, el trabajo de Valentina Ayrolo llena un vacío en la historiografía provincial, abordando el estudio de un grupo social, el clero secular, sin el cual, dadas las características peculiares de Córdoba, resultaría imposible entender de manera cabal la vida política de esta jurisdicción durante la primera mitad del siglo XIX.

El libro de María Elena Barral se articula en torno a dos ejes, las estructuras eclesiásticas y sus funcionarios -en particular los párrocos rurales-, por un lado, y las prácticas religiosas que articularon la vida en la campaña, por otro.

El tratamiento cuantitativo y el análisis cualitativo de las fuentes le permiten brindar una visión del entramado parroquial en el mundo rural. La autora muestra un espacio con escasas estructuras institucionales eclesiásticas con relación a la extensión territorial, pero con un peso cualitativamente significativo. El universo clerical tampoco es cuantitativamente significativo, alcanza su punto máximo en el primer cuarto del siglo XIX, llegando a ser cuarenta y siete los clérigos que circulan por la campaña. Las escasas fuentes disponibles le permiten establecer la proporción existente entre regulares/seculares y determinar la función que ejercía cada uno, concluyendo que los cargos de vicario en un beneficio curado eran ejercidos por el clero secular y que los regulares sólo actuaron en calidad de tenientes, curas sustitutos o simplemente para prestar algún servicio religioso. (p. 31) Esta realidad revela un claro desplazamiento desde los clérigos regulares hace el clero secular del poder que aquellos habían ejercido en épocas anteriores.

Mediante datos dispersos y fragmentarios, verdaderos indicios, logra reconstruir algunos *linajes de párrocos*, como el caso de la parroquia de San Nicolás, cuya sucesión entre tíos y sobrinos se prolongó durante décadas. Reconstruye, a su vez, *jiro-nes de vida* de algunos párrocos destinados a las parroquias más importantes, Pilar, Luján y San Nicolás.

El perfil del párroco se ha reconstruido a través de la mirada de los propios feligreses y esta perspectiva -que podríamos calificar como *desde abajo*- le permite a Barral determinar el rol que tuvieron los fieles en la designación o permanencia del cura en su cargo. El análisis de un caso, el conflicto de la feligresía del Pilar con el Cura Castro y Careaga, le otorga la posibilidad de introducirse en la densa red de relaciones sociales y estrategias individuales, familiares y grupales de la sociedad rural rioplatense.

La autora analiza las funciones del cura rural, comparándolas con las de la autoridad civil local. La posibilidad de ser un administrador de justicia *-juez párroco-* le otorgaba cierta cuota de poder y algún tipo de control social. Esta función lo conver-

tía en mediador social cualificado. El capital material y simbólico que le otorgaban las capacidades judiciales, la administración de los sacramentos y la celebración de las fiestas y funciones litúrgicas, lo habilitaba para intervenir en los procesos de articulación social.

El segundo eje centra el análisis en las prácticas religiosas de la campaña, las misiones volantes, las limosnas, las devociones, las promesas para la virgen, las funciones de pascua y navidad, los rituales del bautismo y de la muerte. Los temas son abordados desde los presupuestos de la historia socio-cultural, que incluye las prácticas y representaciones e incorpora aspectos de la vida privada. El relato histórico presenta una suma de prácticas religiosas que muestra una imagen acabada de la cultura religiosa popular de la campaña.

El relato sugiere que, luego de la crisis del mundo colonial, los poderes civil y eclesiástico se encontraban inmersos en un proceso de mutuo fortalecimiento y centralización de sus respectivas esferas de poder y ambos necesitaban transformar los sistemas de relación y nexos con sus respectivos súbditos, a fin de que éstos sintiesen cercana y efectiva su presencia. En este marco se comprende la importancia y el valor que adquieren la norma y la ley como elementos de salvación personal o de ordenación de la realidad. El disciplinamiento de la población rural se convertía en un objetivo prioritario de las autoridades civiles y eclesiásticas.

Las prácticas religiosas analizadas dan cuenta de una religiosidad impregnada de excesos en los ritos y de algunas desviaciones propias de los lugares menos controlados por la autoridad. Barral utiliza cincuenta y cinco testamentos y sucesorios para presentar algunas modalidades de las prácticas religiosas asociadas a la muerte. Concluye que pese a que la crítica ilustrada prohibía el entierro en los templos y estimulaba la construcción de cementerios, los pobladores rurales preferían el lugar sagrado que representaba el templo parroquial. Quizás la razón radique en que para el poblador de la campaña el templo se convirtió en un lugar simbólico que determinaba la identidad.

La investigación fue realizada con fuentes de archivos públicos, debido a la ausencia del archivo de la curia eclesiástica de Buenos Aires y las dificultades para acceder a algunos fondos documentales privados -de órdenes religiosas y parroquiales-, motivo por el cual la misma autora manifiesta que el trabajo requirió una utilización intensiva de fuentes escasas y dispersas.

Resulta interesante el rescate y tratamiento que hace de libros de fábrica y bautismo de parroquias de la campaña como Luján, San Nicolás, San Isidro y Pilar, datos que son cruzados con otras fuentes de orden civil. Estas fuentes le permiten reconstruir redes y detectar relaciones tan importantes como el compadrazgo.

En síntesis, el libro de María Elena Barral se propone ahondar en la trayectoria histórica del clero y la feligresía en el mundo rural pampeano. Pese a la insuficiencia de las fuentes disponibles, la autora ha logrado ofrecer una imagen acabada de la vida religiosa de la campaña, mostrando cómo vivían, qué pensaban, que creían y a qué aspiraban los pobladores de la campaña bonaerense de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

A modo de cierre podríamos decir que ninguno de los trabajos pretende examinar la Iglesia, el clero y la religión como realidades autónomas por sí mismas; éstas

son abordadas como componentes que articulan la realidad en todas sus dimensiones, política, económica, cultural y social. La lectura de ambos trabajos nos lleva a concluir que *lo religioso* estaba de tal manera imbricado en la realidad social de la época que su abordaje hace posible construcciones y visiones historiográficas que enriquecen y completan el conocimiento de las sociedades investigadas.